

## *¿Para qué sirve la Edad Media? (Aspectos económicos)\**

*Robert Fossier \*\**

Dos preguntas previas se presentan al autor antes de entrar en lo medular de su tema. En primer lugar, sería completamente innecesario esbozar un panorama de la economía medieval, de sus fines, de sus técnicas, de sus resultados deteniéndose en la ciudad como también en el campo siguiendo el curso de los siglos, buscando una aproximación de síntesis, ello obligaría a entrar en generalidades sacrificando mucho. En segundo lugar, el tema *¿Para qué sirve la Edad Media?* nos enfrenta evidentemente con un problema de sentido: de nada *sirve* la Edad Media al economista actual; a lo mucho pudiera ofrecer algunos ejemplos de antiguas soluciones a problemas que podrían encontrarse todavía en nuestros días. Resulta, pues, mucho más juicioso preguntarse respecto de la deuda que tenemos con esos siglos, es decir, buscar lecciones o herencias.

Sin embargo, esto no es posible sin antes tomar rigurosamente precauciones iniciales. Los tiempos medievales se hayan entre las estructuras de producción del

\* "A quoi sert le Moyen Age?". Traducción a cargo de Luis Rojas Donat. El traductor desea expresar su gratitud al profesor Fossier por la confianza depositada en esta traducción, la cual se ha hecho intentando atenerse, cuanto es posible, al original francés.

\*\* Catedrático de Historia Medieval en la Université de Paris I, Panthéon - Sorbonne Centre de recherches sur l'Histoire de l'Occident médiéval. El autor es un especialista mundialmente conocido en aspectos económicos y sociales de la Edad Media, autor de numerosos libros, entre ellos: *Enfance de l'Europe: aspects économiques et sociaux*, Nouvelle Clio, Paris 1982, 2 vols. (Trad. Cast.: Ed. Labor, Barcelona, 1984, 2 vols.). *Paysans d'Occident (XIe-XIVe siècles)*, P. U. F, Paris, 1983 (Trad. Cast.: Crítica, Barcelona, 1985). *Le Moyen âge* (dir. Et coll.), Paris, 1982-1983, 3 vols. (Trad. Cast.: Crítica, 1988). *La société médiévale*, Paris, 1991. (Trad. Cast.: Crítica, Barcelona, 1996). *Hommes et villages d'occident au moyen âge*, Paris, 1992.

mundo antiguo, especialmente greco-romano, y aquellas de los siglos XVIII y XIX donde los cambios de ritmo y de medios son muy notorios; aquellos, pues, cubren casi catorce siglos, seis a siete veces el tiempo que nos separa de él. Es una verdad demasiado evidente destacar que no ha podido existir inmovilidad y una imagen uniforme durante sesenta generaciones. Si se agrega con toda lógica, a partir de cierto vocablo con el que se designa esta etapa de la historia humana, debería volverse la mirada hacia el Islam en razón a sus aportes en las prácticas comerciales o los inventos recogidos de la Antigüedad, a la Europa oriental cuna de las novedades técnicas, por ejemplo, metalúrgicas, al Asia de la brújula, de la pólvora y del papel moneda, se advierte que el campo a cubrir sería inmenso. Inmediatamente, pues, se hace necesario limitarse —y así se hará— a los marcos tradicionales de la Europa occidental y en los siglos que van desde los carolingios hasta la guerra de los cien años, lo que basta largamente para abrir perspectivas.

Ateniéndose a esta área reducida, pero que evidentemente nos importa mucho más que otra, se encontrará más o menos todo lo que para nuestros contemporáneos encarna todavía la *Edad Media*, la catedral y el castillo, el caballero y el monje, la choza y la atalaya. Si fuera posible, en pocas frases, expresar el aporte, o, si se quiere, el legado de aquellos tiempos al nuestro, habría que decir:

—Que en ese tiempo, en el curso de cinco siglos, nació la Europa dentro de los mismos marcos que hoy conocemos, y que ella misma se procuró los medios para conquistar el mundo, tarea que la cumplió el siglo XVI, aunque este siglo escape al período.

—Que nuestro entorno de paisajes y de hábitat, nuestro *ecosistema* familiar son frutos de los esfuerzos de ese tiempo, los mismos que en la actualidad se ven poco a poco disolverse.

—Que con la desaparición de la esclavitud por múltiples razones, surge la dominación de la fuerza animal y el comienzo, todavía modesto, del de la naturaleza, el maquinismo.

—Que, en fin, en el ámbito cotidiano, la célula de la pareja, el *hogar*, triunfa definitivamente sobre las exigencias del clan y la tribu.

Estos aportes deberían ser suficientes para justificar los *servicios* de la Edad Media; pero habrá que agregar que nuestro contemporáneo no está, en general, muy consciente de ser en este sentido sino un heredero, y que al comer sentado tres veces al día, al coger un tenedor, al abotonar su abrigo, al ponerse los guantes y los lentes, al hojear un libro, al usar el pañuelo o la ropa interior, al leer un nombre en un límite, al sorprenderse de una brusca curva en la ruta, ninguna de estas cosas se las debe a la Antigüedad, sino todo a la Edad Media.

Todas estas observaciones previas no determinan todavía lo suficiente el campo a recorrer, y frente a los economistas de hoy —y por muy poco que aquellos tiempos lejanos les sean poco familiares— me es aún necesario demarcar el sector iluminado. Ante todo, conviene recordar lo que un medievalista “profesional” sabe de sobra, que la documentación susceptible de iluminar nuestra marcha consulta fuertes contrastes, zonas de espesa oscuridad, zonas de fuerte luminosidad. Así, no debería olvidarse que:

—Antes del año mil no se sabe nada o casi nada al norte de la línea Burdeos-Danubio, porque allí no existe nada de lo que hay en el sur, donde se escribía o

conservaba la documentación.

—La noción aritmética, sin la cual las estimaciones cuantitativas no pueden ser sino impresiones, por mucho tiempo permaneció a nivel del símbolo de nombres, y que contar es indigno de un hombre de calidad (“ignoble”, *ignobilis*).

Enseguida remarcaré, pero esto es un poco un corolario, que las nociones de *modelo*, de *sistema*, de *ley* son claramente extranjeras a la mentalidad, a la compartimentación, a la filosofía de esos tiempos. La costumbre del lugar, la psicología del grupo humano, el aislamiento o la tiranía del entorno, dejan prácticamente sin objeto toda tentativa de generalizar con nitidez, aun cuando sea necesario que yo me arriesgue. Si agregamos que la noción de provecho, de concurrencia, de compensación son contrarias a la mentalidad medieval, al menos antes de 1400 ó 1500, se juzgará sin mucho interés, en definitiva, la ociosa querrela abierta desde Adam Smith o Stuart Mili, y reactualizada todavía entre marxistas y *liberales*, por saber *si la Edad Media conoció o no el capitalismo*. Sería una pobre conquista escudriñar en un mercader italiano los trazos de una *acumulación primitiva*, o de un *control de los instrumentos de trabajo*. Estos son juegos de eruditos. Los siglos sobre los cuales, por el momento, voy a detenerme son aquellos de una economía de subsistencia, generando algunos excedentes, más o menos, comercializables, y esto siempre dentro del marco estrecho de un *señorío* aldeano o ciudadano. Los movimientos de capitales o el ir y venir de los navíos que hacen gozar a los especialistas de estas cuestiones, son francamente insignificantes al verlas a escala moderna. La preocupación por teorizar no ha comenzado antes de los tiempos *modernos*, aquellos de Bodino, de Moro o de Hume.

La primera estación a detenerse, antes de estudiar el rol de los agentes económicos, es aquella de los niveles de acción, quiero decir del lugar que hay que hacer a las intervenciones exteriores en el funcionamiento del sistema productivo. Los hombres antes que nada. No nos detengamos en los problemas fisiológicos; con todo, se podría decir que los individuos disponían de una osamenta, quizás una musculatura, superior a la nuestra. En cambio, una menor resistencia a las enfermedades o el mediocre régimen alimenticio debía anular sus eventuales ventajas. La fuerza de trabajo podría ser estimada como comparable. Sin duda, el número de hombres siendo muy débil, sometidos a bruscos desniveles (como en los tiempos de las epidemias de los siglos XI y XIV, por ejemplo), debía estar en relación a una productividad mínima, y por falta de espacio no entraré en detalles puramente cronológicos. Pero lo que me interesa destacar es la relación entre los brazos y las necesidades. Se imponen varias observaciones que en el conjunto son tranquilizadoras; primero, el crecimiento del número de hombres (un 300% entre 1050 a 1250) no significó sino apenas una sobrecarga demográfica, que la Peste alivió rápidamente; los progresos técnicos han permitido a la producción ajustarse a la demanda, en todo caso a partir del siglo XII. En esas condiciones el empleo, al menos en el campo, tiene un nivel satisfactorio, y el campo es entonces casi todo. En la ciudad, la situación es probablemente menos estable, sobre todo el flanco sur de Europa donde las condiciones de abastecimiento son, en el conjunto, menos buenas en todas las cosas; y esto tanto más cuanto que una inmigración

rural engruesa fuertemente las cifras de los ciudadanos. La falta de especialización de muchos trabajadores, las condiciones de contratación pública, ha desencadenado antes de 1200 y sobre todo después de 1280 o 1350, una fuerte cesantía y disturbios urbanos. A pesar, no obstante, de una reglamentación muy minuciosa del trabajo, se puede decir que las actividades *au noir*<sup>1</sup> o temporales palián en algo esta situación. Además, nuestro tiempo está particularmente mal ubicado para criticar esta situación, tanto más cuanto que la Iglesia, las corporaciones de oficios, o las autoridades de la ciudad, tanto por prudencia como por caridad, multiplicaron los socorros a los necesitados. La mutualidad y la seguridad social no son obra del siglo XX.

A este balance ante todo positivo habrá que agregar el aporte de los progresos de las técnicas de producción. Es este un hito fundamental en la historia de la economía medieval. Teniendo presente algunas raras excepciones, como en lo relativo al trabajo del metal, se estima hoy que los siglos medievales no han *inventado* instrumentos o técnicas particulares. Pero las han generalizado y de paso perfeccionado las herramientas, las máquinas y las prácticas de la producción antigua. La lenta desaparición de la esclavitud, es decir, el empleo de la fuerza humana al máximo, incluida una rentabilidad discutible, ha abierto la vía para una responsabilización del trabajador y también para la búsqueda de medios animales o mecanismos para suplir los brazos humanos y ganar así fuerza y tiempo: enganches, herrerías, molinos, moliendas, aserraderos, tejedoras, aumentaron la producción y mejoraron los rendimientos de los jornales. Las mismas funciones llevadas a cabo por los señores (el Estado está mudo antes de 1400) no son sino la contrapartida de los servicios que ellos realizan, protección, justicia, préstamos. Nada sería más contrario a la realidad que ver en ese sistema una alienación del esfuerzo productivo en beneficio de algunos privilegiados. La Edad Media central no es un período mucho mejor que otros, pero verdaderamente no tiene nada que envidiarle a nuestro tiempo.

El nivel psicológico o moral, en un mundo donde la dimensión espiritual continua prevaleciendo sobre la materia, es al menos importante también. Como ya vengo haciendo alusión, este período es aquel en que el trabajo ha dejado de ser una multa sin contrapartida para alcanzar el nivel de una actividad fuente de ganancia y de libertad. Reputado como envilecedor y desprovisto de valor por ser exclusivamente servil en la Antigüedad, el trabajo pasó del estadio del esfuerzo purificador como lo concebían los monjes, al de signo de liberación y fuente de provechos a partir del siglo XII. ¿Acaso Dios mismo no trabajó en la creación? Todo trabajo no puede sino agradecerle, ya que desde el siglo XIII en adelante se afirma que *aquel que no trabaja no come*. El “pobre” que era un débil, pasa a ser un inactivo, un inútil, un excluido, y así el asalariado ha nacido. Por otra parte, está encuadrado, antes del 1100, por la multiplicación de los reglamentos que rigen el trabajo en todo oficio, por el desarrollo de las protecciones ofrecidas al trabajador,

<sup>1</sup> Se trata del mercado negro o aquellas actividades no establecidas, como hoy el comercio callejero, al borde de la legalidad. — [Nota del Traductor]

particularmente en la ciudad. Naturalmente, aquí tampoco se ha alcanzado el ideal: la familia, los vecinos, la Iglesia evidentemente, forman todavía un recurso necesario, pero este rasgo, para nosotros inevitable y natural —“toda pena merece salario”—, nació en ese momento.

En una sociedad estable y conservadora que rigen Dios, el trabajo y la costumbre, inevitablemente hay alguna dificultad en separar los sectores económicos entre los cuales repartir las acciones productivas. Estos actores no son en verdad indiscernibles: un banquero florentino no es un minero suabo, pero la compenetración de una actividad en otra nos sorprende frente a nuestras concepciones modernas: el banquero cultiva su viña, el minero presta dinero. Igualmente en las postrimerías de la Edad Media *clásica*, que se acaba hacia el 1500, comienzan a verse mejor las barreras entre las actividades, la sociedad queda profundamente marcada por el principio de una repartición en *órdenes*, en que la función, la misión no es de naturaleza económica, sino de naturaleza espiritual: guiar hacia la salvación, defender el grupo humano, producir para alimentar a los hombres. Este esquema *trifuncional*, como dicen los historiadores de la mentalidades, es en verdad, largamente discutido y perturbado por la marcha de la economía y la evolución de las *clases* sociales, pero queda la guía y el recurso que ayudan a mantener la unidad de la sociedad.

Naturalmente el primer agente económico es el producto, y como hasta el siglo XV a lo menos, ocho o nueve de cada diez hombres son campesinos, boira- dos todos los matices regionales, no sorprenderá que el labrador se transforme en el primer agente de la producción en una sociedad donde la subsistencia es el primer objetivo. Esta observación general exige, necesariamente, algunos comentarios, aun cuando no me detenga, a falta de espacio, en fenómenos también duraderos y capitales como la presión —para nosotros hoy evidente— de dos tipos de alimentación rivales: el pan, el vino y el aceite en el sur; la carne, la leche y las frutas en el norte. Asimismo, la importancia de la mujer, ama del hogar y de la cacerola cuando el hábitat se orienta hacia la casa individual que nosotros conocemos y que la arqueología testimonia su nacimiento en ese tiempo. También, en fin, los modales en la mesa que hace poco he mencionado al pasar.

El primer elemento en ese sector —y, esta vez, al menos en Europa ha llegado a ser secundario— es el peso del yermo, el *saltus* antiguo, el *out field* de hoy. Reserva alimenticia para el hombre y el ganado, para la recolección, la caza o el pastoreo libre, reserva principal para la madera y el fierro, esos dos pilares de la Edad Media, peso psicológico y marco ecológico, en fin, el bosque, el monte, la sabana, la landa constituyen un agente de supervivencia que nosotros hemos dejado de valorar. El resto, es decir, los productos recolectados como resultado del esfuerzo humano, no es más que ligeramente diferente de lo que conocemos, al menos tanto que no se consideró necesario, ganancia exige, de hacer comer a los hombres o a los animales, productos exóticos o productos de tradición pero recolectados a bajo precio en África o en Asia. El trigo, las frutas, las

legumbres, la carne, todo ello nos resulta familiar: evidentemente los volúmenes, las calidades, el consumo que se hace, las técnicas que se crearon han sufrido grandes transformaciones, digamos siempre progresos, pero no se puede hablar aquí de “revolución agrícola”: el tractor, los fosfatos o los porotos verdes de Kenya no han modificado la naturaleza misma de la producción.

Se habrá notado, en cambio, que asistimos en nuestros días a una modificación del marco psicológico en el cual se inscribía esta producción. No tanto en lo que toca a la búsqueda de un provecho desenfrenado y a todo precio: se podrían develar muy altas las expectativas. Sin embargo, antes veamos el estado del espíritu del productor “de base”: el vivo sentimiento de arraigo a la tierra y a cualesquiera condiciones, se borra hoy delante del espejismo de la ciudad; los sólidos lazos entre los vecinos, la ayuda mutua o el folklore común retrocede ante el alisamiento cultural y psicológico desencadenado por los *media*; el culto de la parcela familiar es quebrantado por las exigencias, “capitalistas” o no, de la concentración a todo dar, o de la destrucción de los paisajes construidos por la mano del hombre. De tal suerte que hoy, la jerarquía social en el mundo de la producción no es más el fruto del *status* jurídico y personal como era en la época (al menos si se excluye hoy día las inequidades de salarios debido al sexo, a la raza o al origen), ni tampoco aquel de la especialización, ya que no importaba qué podía hacer; pero ella —la jerarquía social— es la de la posición del trabajador en la escala de la rentabilidad, noción desconocida o menospreciada en la Edad Media.

El nivel de la transformación comienza a ofrecer mejores contrastes con nuestro tiempo. En primer lugar, como vengo diciendo, porque la especialización siendo muy rara, el productor es también el transformador: el ganadero curte el cuero de su ganado, o hila su lana, el minero es fácilmente herrero, o el labrador moldeador de grano. En segundo lugar, un sector de artesanado *salvaje*, es decir, apartado del grupo aldeano o ciudadano, produce y vende el fruto de sus esfuerzos, reuniendo los tres sectores económicos: el ermitaño que se dedica a la cestería, el carbonero que quema la madera, son dos ejemplos, y el lugar que tiene el *saltus* le ofrece fácilmente un marco donde trabajar.

Quizá la diferencia esencial ha de residir en la estructura de la transformación. El nivel técnico, el instrumental representa a todos los objetos fabricados o las materias trabajadas; utilizados en ese tiempo, dichos instrumentos han sido mantenidos a un nivel modesto, tanto en volumen como en calidad, de suerte que es tradicional estimar que el concepto *artesanado* corresponde mejor a la realidad económica medieval. En cambio, aquel de *industria*, que sugiere etapas particulares y sucesivas en el trabajo, no podría corresponder sino apenas al sector lanero, o, en general, textil, y aquel de la metalurgia, especialmente aquella del hierro. Allí se encuentra, en efecto, desde el carnero hasta la ropa de gala, o de la galería de una mina a la sobrevesta<sup>2</sup>, una sucesión de momentos, de gestos dependientes

<sup>2</sup> Prenda de vestir, especie de túnica, que se usaba sobre la armadura o el traje. [Nota del Traductor]

unos de otros y confiados a trabajadores sucesivos. Todavía es necesario subrayar que entre la hiladora, el batanero y el aprestador, o entre el minero, el herrero y el ferretero no existen jurídica, financiera o socialmente, lazos establecidos. Cuando los maestros pañeros o los maestros de la fragua comenzaron a coger los eslabones extremos de la cadena, en el siglo XIV, la Edad Media iba caminando hacia su fin.

En cambio, se encontrarán más rasgos familiares en algunos sectores particularmente capitales: aquel de la valorización del mismo trabajo, como ya lo he señalado más arriba, aquel de una especialización en ciertos campos muy importantes, ya está dicho, o aún más, aquel de la noción de trabajo ligado al cumplimiento y al horario. Habrá que agregar aquí algunos otros rasgos: la necesidad de un equipamiento un poco perfeccionado, especialmente después del siglo XIII, por ejemplo, en el empleo de máquinas de tejer, de fuelles más resistentes, o, sobre otro plan, la calidad de la clientela a la que hay que satisfacer, príncipes o ricos burgueses, todo ello ha contribuido a llevar a la ciudad todo o parte de la cadena de transformación. Si se comprende bien que un albañil o un zapatero trabajaran en la ciudad, entre dos tareas, un decorador de paños, un orfebre o un acuñador de moneda serán hombres de la ciudad. Si quiere asegurarse del control, sea sobre una etapa inicial de su arte, sea sobre la procedencia de la materia que él trabaja, mirará hacia la campiña: mano de obra rural, primeros aprestos, la compra de materia prima será para él una necesidad, abriendo la puerta a ese control de la ciudad sobre los campos que nos es tan familiar.

Un último punto afijar. La reglamentación del trabajo, horarios, condiciones de aprendizaje, calidad del producto, garantías al maestro como al aprendiz, ha producido en ese tiempo una literatura pletórica, igual a la nuestra porque ella testimonia el interés por ese sector. Pero con una dimensión muy particular, un poco desaparecida hoy día, salvo bajo cierta forma de paternalismo que se descubriría aquí y allá; toda esta reglamentación, todo lo que la acompaña en reuniones, en banquetes comunes, en ayudas solidarias, suma todo en relaciones humanas, son marcadas por la doble preocupación de limitar la concurrencia y de producir “buena mercancía”, al punto de destruir una producción no respondiendo en sus calidades o su precio a las normas exigidas. Ello resulta por lo menos sorprendente en una sociedad de rendimiento mediocre y dejaría sin duda estupefacto a todos nuestros gerentes de empresas. Por lo demás, es necesario ver allí no tanto la preocupación del bien público —del consumidor diríamos nosotros— sino la dimensión religiosa que continua pesando sobre el trabajo.

Es en el plano de la distribución donde se podrá apreciar más notoriamente la diferencia con nuestro tiempo. He aquí cierta precisión que me propongo establecer y que es necesaria para destacar esta distinción: existe, en efecto, casi un abismo entre la sociedad medieval que cosecha y transforma para satisfacer las necesidades inmediatas y, por lo demás, modestas de los contemporáneos y la nuestra en la que el objetivo es hacer consumir al máximo y todavía más despilfarrar. En todo caso, debo indicar que este último rasgo no es desconocido en la Edad Media, que es el emblema mismo de la vida *noble*, pero

que es evidentemente una actitud extrema y absolutamente minoritaria.

Para comenzar, yo diría que a causa del nivel mediocre de la demanda, producto a la vez de un volumen de consumidores mucho más pequeño que hoy día y de necesidades menos inducidas artificialmente, la masa de bienes puesta en el mercado fue pequeña durante todo el medievo; natural o fabricado el objeto que se vende es adquirido en el lugar mismo, en los mercados aldeanos o ciudadanos, o en las ferias periurbanas. Aquí, lo concerniente a la globalización o mundialización comercial o industrial —como se dice actualmente— es insignificante a pesar de la reputación del mercader veneciano o flamenco. Basta con acordarse de que la totalidad de la flota de la Serenísima República cabría fácilmente en uno de nuestros más modestos petroleros. Además, la parte comercializable de los productos, comunes o de lujo, aparte de ser muy pequeña, es muy difícilmente movilizable; la compartimentación del espacio económico, la mediocridad de las previsiones comerciales, la ausencia de stocks compensatorios, de proteccionismo general que suscita el miedo a que falte, todo ello frena el intercambio lejano y la misma venta en el lugar. Todavía más, la debilidad del Estado o la ineficacia de las intervenciones burocráticas, impiden, antes de finales del siglo XV al menos, una verdadera “política económica”. A lo mucho se verá un “hombre de negocios” o un clan familiar fundar su provisoria fortuna sobre el control de un producto o un mercado, con riesgo de orientar en base a su propio interés los medios de su ciudad en torno a su figura; parodiando nuestro tiempo, se dirá que “lo que era bueno para Cosme de Medici era bueno para Florencia”.

Más allá de su rol antiguo, no discutiré los progresos del instrumento monetario, pasado el año 1200 al menos. La circulación de las especies y la vida de la moneda encontraron en el medievo un impulso que no se relajó después: acuñación, desvalorización, encaje, valores en metálico, instrumentos de crédito, comercio del dinero, sociedades anónimas, compañías con sucursales pero con contabilidades separadas, no tienen secretos para los maestros del mercado, aun cuando el trueque subsista en la base, aun cuando la masa de numerario no tiene ninguna comparación con la nuestra, aun cuando la moneda fiduciaria no exista, aun cuando los ensayos de armonización de los sistemas de pago hayan siempre fracasado. Es precisamente para franquear este estrecho paso que los hombres de esos tiempos, yendo activamente hacia delante, iniciaron viajes de descubrimientos y colonización que con una irritante aberración se ha continuado calificando como “Renacimiento”, cuando de lo que se trata, al contrario, es de una continuación y de una expansión.

Espero que se vean bien ahora las oscuridades y claridades de la economía medieval: un sistema enmarcado estrechamente en las posibilidades y las necesidades inmediatas, una concepción todavía muy *espiritualizada* de la producción, de la transformación y de la comercialización. Los frenos psicológicos, los límites de la técnica hicieron lentas y frecuentemente incompletas las evoluciones; pero se les siente venir, la preponderancia de lo privado sobre lo público, del individuo sobre la masa, del dinero sobre el sudor. Sin duda, hay algo *moderno* en la economía de fines de los

siglos medievales. ¿Es acaso suficiente para decir que el medievo puede *servir* a nuestros contemporáneos en el campo que acabo de escudriñar? Quizá, por las novedades que han llegado hasta nosotros, por las experiencias acumuladas durante mil años. A la pregunta formulada en un comienzo, contesto que aquellos tiempos son para nosotros un espejo que nos corresponde interrogar. Naturalmente, no estoy seguro que se haga.